



El papel del periodismo en el proceso de paz: parcializado y simple

Fabio López de la Roche,

Integrante del Centro de Pensamiento y Seguimiento del Proceso de Paz Universidad Nacional de Colombia

El doble canal gubernamental en el tratamiento discursivo de las Farc, que fluctúa entre las declaraciones agresivas del ministro de Defensa y los altos mandos militares –que incluye calificativos como “bandidos” o “terroristas”– y el reconocimiento de esa organización como interlocutor político válido en la mesa de negociaciones, recuerda similares desencuentros en los tiempos del Caguán. Tales discursos envían signos confusos a la opinión pública sobre la construcción de confianza y la viabilidad de la paz.

Los desencuentros no son solo discursivos. En *El Tiempo* del domingo 17 de febrero, mientras que una columna del ministro del Interior, Fernando Carrillo, aparece con el título “Profundizar la descentralización, un reto para consolidar la paz”, otro reportaje de la misma edición se titula: “Llega más tecnología para ‘acelerar’ fin de la guerra”. Un recuadro cita a la viceministra de Defensa, Diana Quintero, que dice: “para cumplir la misión, hay que utilizar ‘acelerantes’: tecnología de punta, para arrear contra los violentos”.

Si bien el artículo dice que “el plan no solo se aplica para guerrilla y bacrim, sino para las bandas delincuenciales que azotan las ciudades”, la inversión de 7,2 billones de pesos en seguridad, la compra de cinco helicópteros Black Hawk S70i (“el helicóptero más veloz y a la vez más silencioso del mercado mundial de armamento”) y el aumento del pie de fuerza (en 20.000 policías y 5.000 soldados profesionales), son indicios de la precaria confianza construida hasta ahora en La Habana.

El papel del periodismo en la historia reciente de la paz y de la guerra merece varios comentarios. Si, durante los diálogos de Pastana (1998-2002), los periódicos nacionales crearon “unidades de paz” para cualificar el cubrimiento del proceso e informar mejor a la ciudadanía, bajo la era Uribe (2002-2010) estas desaparecieron y los grandes medios y los periodistas terminaron, por intimidación o por complicidad –con algunas honrosas excepciones–, alabando al líder mesiánico, haciéndose los de la vista gorda frente a sus abusos y amplificando acriticamente la versión oficial de que, en cuanto a las Farc, estábamos “en el fin del fin”.

La idea de que es posible derrotar militarmente a la guerrilla, mediante una ofensiva militar relativamente exitosa –por lo menos hasta el pico de la Operación Jaque en el año 2008– es hoy uno de los obstáculos por superar.

Un nuevo discurso

Los comandantes de las Farc deben reflexionar sobre esto, pues ellos mismos, en los años del Ca-

Gobierno, Farc y medios de comunicación tienen una responsabilidad enorme con la sociedad colombiana a la hora de dar a conocer los detalles de los diálogos de paz. Todos tienen fallas de forma y de fondo (tanto en los mensajes como en la manera de decir las cosas), lo que desorienta a la opinión pública.



Los medios nacionales hicieron un cubrimiento mediocre del Foro Agrario.

guán, con su soberbia militarista y su argumento absurdo y políticamente torpe de que “el secuestro es un impuesto social” –repetido ritualmente por algunos de sus dirigentes–, contribuyeron a restarse simpatía en la opinión pública.

Deben asumir también sus responsabilidades en el conflicto –con elementos de autocritica que brillan hoy por su ausencia en sus declaraciones públicas– y actuar consecuentemente.

Igualmente, son cuestionables sus lenguajes y modalidades de comunicación, ancladas en retóricas gastadas y desconectadas de las necesidades más sentidas de la gente, tal vez por efecto de su inmersión en la guerra y su falta de contacto cotidiano con la sociedad urbana y una amplia variedad de demandas culturales e identitarias que alimentan hoy un horizonte posible de democracia.

En sus discursos anacrónicos aparecen con frecuencia palabras carentes de sentido para los jóvenes. La sigla PC, que para las generaciones politizadas de los sesenta y setenta significaba ‘Partido Comunista’, hoy día significa ‘personal computer’, y palabras como *macartismo*, *esquirol*, *progresista* o *reaccionario* deben ser traducidas para que los jóvenes las comprendan.

La guerrilla debe reflexionar, asimismo, sobre la eficacia de su acción política armada en la construcción de una sociedad más organizada y consciente de sus derechos y deberes, en un país donde la tasa de asociación sindical es del 3,7% y la organización de la sociedad civil tiende a ser precaria.

Pero los anacronismos y desfases no son, por supuesto, propios

solo de la guerrilla. El periodismo colombiano debe cualificar sus reportajes de los movimientos sociales, muy deficientes en el trabajo de campo, ideológicamente parcializados y productores de lecturas simples y unívocas de situaciones complejas, sobre todo en los medios audiovisuales (los que ve la mayoría de la gente).

Así se evidenció en los cubrimientos del movimiento Marcha Patriótica (en abril del año 2012), de la MANE (en noviembre del año 2011) o de los enfrentamientos entre indígenas y ejército en el cerro Berlín, en el Cauca.

El cubrimiento mediocre que hicieron los canales privados de televisión del Foro Política de Desarrollo Agrario Integral (Enfoque Territorial), organizado por la ONU y la Universidad Nacional de Colombia (por encargo de la mesa de negociaciones de La Habana –un diálogo rico, respetuoso, complejo e inédito entre indígenas, afrocolombianos, desplazados, campesinos y empresarios del agro–), dejó ver el poco compromiso de estos medios con iniciativas estratégicas para la reconciliación y el desarrollo nacional.

Cambio positivo

El Gobierno y sus negociadores tienen razón en delimitar una agenda y en no permitir la inclusión de lo divino y lo humano en ella, pues eso la haría inviable procedimentalmente. Pero obran a veces como si el país fuera un paraíso de democracia, seguridad, justicia y oportunidades.

Afirmar que el modelo de desarrollo no se discute, como lo dijo

categoricamente Humberto de la Calle al comenzar los diálogos, resulta una posición absurda y mezquina para amplios sectores de la opinión, más cuando los propios medios editorializan sobre el colapso del sistema de salud, los abusos de las empresas mineras y el deficiente modelo de seguridad en la protección de la vida de defensores de derechos humanos, etc.

Hay que reconocer el cambio que de Uribe a Santos ha ocurrido en el régimen comunicativo: de uno ideológico, autoritario, hacendado y parroquial se ha pasado a uno más pluralista, transaccional y abierto al respeto de los modelos políticos del vecindario latinoamericano.

Este nuevo clima de cultura política es crucial. Pero no basta para garantizar el consenso y un amplio apoyo ciudadano a la política de paz en una sociedad afectada por los estragos del conflicto y por profundas inequidades sociales.

Se necesita un liderazgo mucho más decidido del presidente Santos para comunicar el proceso de paz. Si no lo asume, puede terminar atrapado entre las presiones de los opositores y la incapacidad de las Farc para mostrar una imagen distinta de sí mismas y un compromiso efectivo y claro con la reconciliación.

Ojalá Gobierno y guerrilla tengan la inteligencia y la grandeza histórica para mantenerse en la mesa y ser capaces de sellar un pacto respaldado por la mayoría de los colombianos que deje atrás medio siglo de violencia fratricida y pueda proyectar la sociedad colombiana a renovadas tareas de desarrollo, justicia y democracia.